Cónica Médica Quirúrgica de la Habana”, año V. Abril 1879 no. 4, pag. 184-186).

OCULISTA.— (Sesión publica del 22 de Junio de 1884).

Terminada la anterior discusión, leyó el Dr. Gutiérrez la siguiente curiosa observación:

"Hoy 13 de Mayo de 1842 le extraje un dragón de Guinea, como de unas tres pulgadas de largo, del ojo izquierdo de un negrito de nación Macuá, en casa de la Sra. C. Valdes.

Visitando á una de las hijas de esta señora, que padecía de fiebre intermitente, me enseñaron un negrito como de 16 á 17 años de edad con una inflamación en el ojo izquierdo, diciéndome que este sufrimiento se le presentaba de tiempo en tiempo, unas veces del lado del lagrimal y otras en el ángulo externo, y que nunca quedaba enteramente bueno, pues el ojo permanecía más ó menos rojo, lagrimoso y causándole al paciente una gran picazón, que le obligaba á frotárselo hasta exageradamente, y á esto atribuían la frecuencia de los ataques.

Tenía una conjuntivitis limitada en el ángulo interno del ojo, formando como una vejiga bastante voluminosa, cuya superficie remedaba las circunvoluciones cerebrales, para no permitir el descenso completo del párpado de ese lado, muy roja, desprendiéndose de ella radios también rojos que se extendían hasta por encima y por debajo de la córnea, y esto acompañado de lagrimeo y sensación de picor. Dispuse se bañase á menudo el ojo con cocimiento de romero y unas gotas de aguardiente, y mantuviese siempre un paño mojado en este cocimiento sin dejarlo secar.

La Srta curó, y en los días que transcurrieron desde el en que lo vi hasta que me despedí, no supe de él.

Mas no transcurrió mucho tiempo sin que se me solicitase para otro enfermo, y al visitarlo me presentaron al negrito con nueva oftalmía; pero la inflamación estaba en el ángulo externo, aunque

no tan desarrollada como lo estaba en el lagrimal cuando lo vi por primera vez.

Una de las señoritas me dijo haber observado que la fluxión del ojo estaba precedida de gran picazón, que el negrito se quejaba de un hormigueo que tenía lugar desde un ángulo del ojo hácia aquél en que se presentaba luego la hinchazón, y que habiéndole reconocido el ojo, le pareció ver una hebra de hilo muy delgada que en ondulaciones corría de un lado á otro.

En mi presencia hizo nueva exploración, asegurándome que el hilo se había ocultado más de la mitad, y que se movía aún. Esto no pude ver, por más que ella me indicase el lugar donde estaba y me avisaba cuando se movía.

Al volver al día siguiente provisto de una lente fuerte, la inflamación en el ángulo externo había aumentado y la hebra de hilo desaparecido, según la señorita. Entonces se me dijo, que desde que lo compraron nunca estuvo enfermo, sino en una ocasión que se le presentó un tumor pequeño en una pierna, que un paisano suyo dijo que era lombriz de Guinea, y que le curó amarrando el animal á un palito tan luego que, roto el tumor, se presentó; y revolviéndolo todos los días, logró sacárselo. Esta noticia me hizo sospechar la presencia de un parásito igual en el ojo, encargando se me avisase tan luego se presentara lo que había visto la señorita.

Pasados muchos días, me avisaron con urgencia, é inmediatamente me trasladé á la casa, llevando un lente fuerte de los que usan los relojeros y sostienen delante del ojo por medio de un alambre que se extiende á la cabeza, un cuchillete de catarata, unas pinzas de ídem y unas tijeras. Armado con la lente, vi en efecto que desde el ángulo externo del ojo se extendía, entre la córnea y el párpado inferior, una especie de hilo sumamente delgado, de color ceniciento, no estirado si no en forma ondulante, ocupando casi un tercio del espacio ocular, y cuyas ondulaciones, se movían lentamente, haciéndose más perceptibles por la traslación de lugar que proporcionaban al animal.

Vacilé un momento entre atacarlo en el globo del ojo, ó en el tumor que lo alojaba, y me decidí á hacerlo por esta última vía, temiendo cortarlo al incidir la conjunta, si lo hacía por la primera. Con las tijeras corté bastante porción de la vejiga, saliendo un poco de agua ligeramente enrojecida de sangre; el animal se movió mucho y retrocedió; y después de lavar el ojo con agua fría, creí

ver en fondo de la herida una especie de asa movable, cogíla con las pinzas, y, con suma suavidad en las tracciones, logré sacarlo entero sin síntoma alarmante que se presentara después”.

El *Dr. Santos Fernández* celebra dicha observación por su claridad y propiedad, tanto más importante si se considera la época en que fué recogida, y por ser la segunda que figura en la literatura médica, habiendo presentado el citado académico en el Congreso Regional de Ciencias Médicas de Cádiz, Agosto de 1879, (Actas de las sesiones, 1882), un caso de filarí en el cuerpo vitreo, cuya autenticidad fué puesta en duda por el *Dr. Chíralt*, que consideró ese hecho y los otros como fenómenos entópticos de los llamados espectros filamentosos, pues la única comprobación científica es el examen microscópico del nematoide. El caso del *Sr. Santos Fernández* fué observado en un individuo procedente de Fernando Poo; pero en el del *Dr. Gutiérrez* llama también la atención el hecho de haberse presentado primero un parásito en la pierna y luego otro en el globo ocular.

El *Dr. Finlay* ha oído también con mucho agrado dicha observación, y aunque hoy es muy raro observar aquí casos semejantes, no es absolutamente imposible encontrarlos en individuos de la raza blanca que han ido á algunas regiones del Africa; por otra parte, el procedimiento empleado podría servir de ejemplo, ya que no hay nada reglamentado en el asunto.

El *Dr. R. Cowley* recuerda que en el primer volumen de los “Anales” de nuestra Academia apareció un artículo de nuestro compañero el *Dr. Oxamendi* referente á dos lombrices de Guinea extraídas de personas blancas en contacto con negros emancipados, y situadas en las extremidades inferiores.